

Juventud-twist

QUERIDO director: Cuando en el país se toma una actitud caballerescamente pública para defender la dignidad de algo, todos los que no andan con la conciencia limpia se solidarizan y forman una jauría. Hacen diez, veinte, cien, y sus protestas se oyen lejos, porque son los únicos que gritan; pero eso no quiere decir, en este caso concreto, que representen a la juventud española. La mayoría, esos jóvenes que trabajan, que estudian, que se preparan para entrar en acción próximamente en la vida española —aquellos de los que se espera algo—son los que callan.

El ir a contrapelo de ciertas minorías encartadas en posiciones equivocadas ya sé que no es cómodo ni brillante, pero me tienta disgregar la camada para que no fructifique. Para eso ha de valer el periodismo activo, para cortar de un tajo lo que no gusta ni beneficia. Porque en algunos sectores burgueses se imaginan que el periodismo ha de servir solamente a la vanidad de las actrices de cine, de las señoras del gran mundo y de los toreros que triunfan.

El elogio, a quien lo recibe, le parece siempre poco, porque está convencido de que eso y mucho más se merece; pero en cuanto sospecha que hay una frase que, sin ser injuriosa, no acaba de convenirle, por si acaso, recurre a

los abogados y llega hasta los tribunales de justicia si no queda conforme.

¿Podemos los periodistas escribir con "fidelidad íntegra", "sin permitir jamás que la falsedad, la insidia o la ambición fueren nuestra pluma en la labor diaria", como reza nuestro documento de identidad profesional, o no podemos?

En la cuestión concreta del "West-Side Story" yo he defendido la dignidad de las costumbres. Se han recibido en la Redacción cartas a favor de personas que me merecen mucho crédito y cartas en contra cuyas firmas son como grandes anónimos. Estas últimas son de "niniatos", y no me intranquilizan por eso. José Antonio Primo de Rivera escribió en su artículo sobre el cabaret algo que viene aquí a la medida: "Solo conocemos tres ejemplares humanos atraídos por el cabaret: el viejo verde, el jovencito que quiere jugar al hombre de aventuras y el candidato a diputado socialista. Salvo el primero, que suele ser incurable, los otros son clientes del cabaret por poco tiempo: el jovencito se aparta de él cuando cumple unos años más, y el candidato a diputado socialista en cuanto, elegido, logra costearse, con

un pellizco a la primera mensualidad de dietas, la iniciación en el ambiente misterioso."



Los jovencitos de esta cuestión son "hijos de papá", consentidos o desalentados, porque sus padres tienen muchos quehaceres en los despachos o en la calle. El twist me parece que les va bien con sus suéters rosa pálido y sus pantalones ajustados, a lo "Brigitte Bardot". Uno está todavía en lo clásico, que es lo que nos va a la mayoría de los españoles no claudicantes: bailar ciñendo la cintura de la pareja.

No he bailado jamás el chotis ni hago su apología; no soy socio de ningún casino ni de ninguna peña. Soy un español más de mi tiempo y de la España del momento—que no es la que baila el twist—, no conformista con el inconformismo de algunos tontos o de algunos resentidos; ni me dejo la barba, ni tampoco la "barbita". Vamos a no llevar las cosas fuera de sus márgenes.



Las agencias de información transmiten esta noticia: París, 24.—En la plaza de la Nación, doscientos mil "blu-

sones negros" que bailaban el twist organizan la mayor manifestación de gamberismo que conoce la Historia. Tres mil policías, reforzados por militares, fueron insuficientes para detener a los gamberos frenéticos. El balance de desperfectos alcanza varios millones de francos; muchos automóviles volcados; un local de cine destruido; escaparates de comercio asaltados; un coche de policía aplastado. Además de una docena de heridos con fracturas en brazos, piernas, costillas...

Un corresponsal de la Prensa de la mañana da esta nota espeluznante: "Una muchacha, Michele D..., de diecisiete años, lloraba silenciosamente en una puerta cochera. Veinte "blusones negros", mezclados en la muchedumbre de los "locos por el twist, la habían atropellado públicamente. Ella gritó hasta no poder más, pero nadie la había oído..."

Creemos que huelgan los comentarios a esta noticia. Únicamente nos preguntamos: ¿Qué argumentos van a escribir ahora los que salen en defensa de esta juventud?

Me daba la sensación de que me querían tirar a los perros, pero ni la cuestión es para tanto ni los "jovencitos" ofendidos importan a la sociedad hasta ese punto.

Marino GOMEZ-SANTOS

PUEBLO, 28 JUN. 1963